

ANTONIO LEON Y GAMA

Nació en México, en 1735. Murió en la misma ciudad el 12 de septiembre de 1802.

Astrónomo y arqueólogo, escribió algunas obras sobre esas ciencias, como: *Descripción ortográfica universal del eclipse de sol observado en México el 24 de junio de 1778*; *Dissertación físico-matemática sobre la aurora boreal*; *Descripción histórica y cronológica de las dos misteriosas piedras que el año de 1690 se desenterraron en la Plaza Mayor de México*, en dos partes. Dejó varios manuscritos y memorias sobre el calendario y la cronología de los antiguos mexicanos, sobre los satélites de Júpiter, *Historia Guadalupana, Cronología completa de los mexicanos*; *La numérica y gnomónica de los mexicanos*, etc. Catedrático del Seminario de Minas, fue uno de los mejores hombres de la ilustración mexicana.

Se han ocupado de él: Marcos Arroniz, *Manual de biografía Mejicana o Galería de Hombres célebres de Méjico*, París, Lib. de Rosa, Bouret y Cía., 1857, 319 p.; Vicente E. Manero, "Apuntes históricos sobre astronomía y astrónomos, reunidos, traducidos muchos y puestos en el orden cronológico expresamente para darlos a la Sociedad de Geografía y Estadística" en *BSMGH*, 3ª ép., t. 1, 1873, p. 521-562; Nicolás León y Juan B. Iguíniz, *Ex libris de bibliófilos mexicanos*. México, Imp. del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1913, p. 65-124 (Sobretiro de *AMNAHE*, 3a. ép., t. 5, 1913.)

Fuente: Antonio León y Gama. *Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la Plaza Principal de México, se hallaron en ella el año de 1790. Explicase el sistema de los Calendarios de los indios, el método que tenían de dividir el tiempo, y la corrección que hacían de él para igualar el año civil de que usaban, con el año solar trópico. Noticia muy necesaria para la perfecta inteligencia de la segunda piedra: a que se añaden otras curiosas e instructivas sobre la Mitología de los Mexicanos, sobre su astronomía, y sobre los ritos y ceremonias que acostumbraban en tiempo de su gentilidad*. México, en la Imprenta de Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros. 1792. [VI]-116 p. ils., p. 1-8.

DESCUBRIMIENTO DE LA COATLICUE Y DE LA PIEDRA DEL SOL

Siempre he tenido el pensamiento de que en la Plaza principal de esta ciudad, y en la del barrio de Santiago Tlatelolco

se habían de hallar muchos preciosos monumentos de la antigüedad mexicana; porque comprendiendo la primera una gran parte del templo mayor de México, que se componía de 78 edificios entre templos menores, capillas y habitaciones de sus sacerdotes y ministros, donde se guardaban no solamente tantos falsos dioses que adoraba su ciega idolatría (los cuales, como es constante, eran de piedra dura, y de excesiva magnitud y peso, y por esta razón difíciles de transportar a otros lugares); sino también muchos instrumentos con que ejercitaban sus artes y oficios, y noticias históricas y cronológicas, que se conservaban gravadas en grandes lápidas por aquellos mismos sacerdotes a cuyo cargo estaba cuidar de la memoria de los hechos de sus mayores; de la ordenación del tiempo; de las fiestas que celebraban; y de todo lo demás que conducía a su gobierno político y religioso; y habiendo sido la segunda Plaza de Tlatelolco el último lugar donde se retiraron y mantuvieron los indios hasta el día de la toma de la Ciudad, es de creer que allí hubieran ido conduciendo así sus Penates, o ligeros idolillos, que de todas materias (aun de las más preciosas, según las facultades de sus dueños) fabricaban y guardaban dentro de sus propias casas, como todas las alhajas y tesoros que poseían; otras que servían de adorno a los mismos ídolos; y todas las riquezas que perdieron los españoles la noche que salieron fugitivos de México, que no pudieron después recobrar, sin embargo de las muchas diligencias y solicitudes con que lo procuraron, hasta buscar casi toda la laguna, donde dijeron los indios haberlas echado. Es, pues, de creer, que todo esto, o la mayor parte de ello, esté debajo de la tierra de Tlatelolco. Si se hicieran excavaciones, como se han hecho de propósito en la Italia para hallar estatuas y fragmentos que recuerden la memoria de la antigua Roma, y actualmente se están haciendo en España, en la Villa de Rielves, tres leguas distante de Toledo, donde se han descubierto varios pavimentos antiguos, ¿cuántos monumentos históricos no se encontrarían de la Antigüedad Indiana? ¿Cuántos libros y pinturas que ocultaron aquellos Sacerdotes de los ídolos, y principalmente el Teoamoxtli, que tenían escrito con sus propios caracteres su origen los progresos de su nación desde que salieron de Aztlán para venir a poblar las tierras de *Anáhuac*; los ritos y ceremonias de su Religión; los principios fundamentales de su cronología y astronomía, etc.? ¿Y cuántos tesoros no se descubrirían?

La contingencia fue la que en pocos días nos dio luces para

conocer lo que fueron los indios en tiempo de su gentilidad, en dos preciosos monumentos que demuestran su cultura e instrucción en las ciencias y artes. De ellos se debe estimar como un particular hallazgo el que se descubrió últimamente, por ser un documento original e instructivo, que manifiesta mucha parte de la historia, de la cronología, y el modo exacto que tenían de medir el tiempo los mexicanos para celebrar sus fiestas, y para su gobierno político; principalmente habiendo perecido lo mejor de sus historias entre las llamas, por no tenerse conocimiento de lo que significaban sus pinturas: ¡pérdida lamentable, que han sentido los hombres de buen gusto que se dedicaron a cultivar el estudio de la literatura anticuaria de estas naciones!

Con ocasión, pues, de haberse mandado por el Gobierno que igualase y empedrase la Plaza mayor, y que se hiciesen atarjeas para conducir las aguas por canales subterráneos; estando excavando para este fin el mes de agosto del año inmediato de 1790, se encontró, a muy corta distancia de la superficie de la tierra, una estatua curiosamente labrada en una piedra de extraña magnitud, que representa uno de los ídolos que adoraban los indios en tiempo de su gentilidad. Pocos meses habían pasado cuando se halló la otra piedra, mucho mayor que la antecedente, a corta distancia de ella, y tan poco profunda, que casi tocaba la superficie de la tierra, la que se veía por encima sin labor alguna; pero en la parte de abajo que asentaba en la tierra, se descubrían varias labores. Sacadas ambas, se condujo la primera a la Real Universidad, y la segunda se mantuvo algún tiempo en el mismo lugar donde se halló; pero ya en su natural situación vertical, pudiendo así registrarse con facilidad todo lo que hay en ella grabado. Luego que yo la vi, quedé lleno de gusto, por haber hallado en ella un testimonio fiel, que comprobaba lo que a costa de tantos trabajos y estudio tenía escrito sobre el sistema de los Calendarios mexicanos, contra las falsas hipótesis con que los han desfigurado y confundido los escritores de la historia indiana que han pretendido explicarlos, como lo demuestro en mi *Cronología Indiana*, y se manifestará en algunos lugares de este Papel lo más notable de sus errores.

Como tenía yo mucho tiempo antes hechas tantas combinaciones, así de manuscritos de los mismos indios en su idioma mexicano, como de relaciones de nuestros españoles, con las pinturas que tengo en mi poder, y cito en aquella obra; me fue fácil comprender luego lo que significaban las más de las

labores y figuras grabadas en esta segunda piedra, recorriendo todos los días por ella misma las especies que se hallan tan confusas, dispersas y truncadas en los escritos de los propios indios, y de ningún modo tocadas por los autores españoles. Y aunque conseguí, a costa de gran trabajo, entender otras que no habían llegado a mi noticia; restan aún algunas de sus figuras, cuyos jeroglíficos envolvían en sí muchas alegóricas significaciones, por interpretar enteramente.

Por estar expuesto al público, y sin custodia alguna, no se pudo preservar de que la gente rústica y pueril la desperfeccionase, y maltratase con piedras y otros instrumentos varias de sus figuras, a más de las que padecieron al tiempo de levantarla; por lo que antes de que la maltrataran más, o que se le diese otro destino, como ya se pensaba, hice sacar, a mi vista, copia exacta de ella, para mantenerla en mi poder, como un monumento original de la antigüedad, y formé solamente unos apuntes de lo que significaban sus labores. Pero habiéndolo sabido varias personas curiosas, me han instado a que publique su explicación; y conociendo yo que de omitirla, y no dar a luz su estampa (si por algún acontecimiento se demolía, o daba el destino que se había pensado, perecía lo labrado, y no quedaba éjemplar ni noticia de lo que contenía tan bello monumento) padecería la historia antigua de México el mismo infortunio que ha padecido en tantos años, con la pérdida de otros que se arrojaron al fuego, por no haberse hecho el debido aprecio de ellos, y de los que de propósito se ocultaron en la tierra; determiné publicar la descripción de ambas piedras, para dar algunas luces a la literatura anticuaria, que tanto se fomenta en otros países, y que nuestro Católico Monarca el Señor D. Carlos III (que de Dios goce) siendo Rey de Nápoles, promovió con el célebre Museo que, a costa de inmensas sumas de dinero, hizo fundar en Pórtici, de las excavaciones que mandó hacer en descubrimiento de las antiguas ciudades de Herculano y Pompeyana, sepultadas tantos siglos entre las cenizas, piedras y lavas de las erupciones del Vesubio.

Me movió también a ello el manifestar al orbe literario parte de los grandes acontecimientos que poseyeron los indios de esta América en las artes y ciencias, en tiempo de su gentilidad, para que se conozca cuan falsamente los calumnian de irracionales o simples los enemigos de nuestros españoles, pretendiendo deslucirles las gloriosas hazañas que obraron en la conquista de estos Reynos. Por la narración de este Papel, y por las figuras que se presentan a la vista, se manifestará el

primor de los artifices que fabricaron sus originales, pues no habiendo conocido el fierro ni el acero, grababan con tanta perfección en las duras piedras las estatuas que representaban sus fingidos simulacros, y hacían obras de arquitectura, sirviéndose para ellas, en lugar de templados cinceles y acerados picos, de otras piedras más sólidas y duras.

En la segunda piedra se manifiestan varias partes de las ciencias matemáticas, que supieron con perfección. Su volumen y peso dan muestras de la mecánica y maquinaria, sin cuyos principios fundamentales no podrían cortarla y conducirla desde el lugar de su nacimiento hasta el en que fue colocada. Por la perfección con que están formados los círculos; por el paralelismo que guardan entre sí; por la exacta división de sus partes; por la dirección de las líneas rectas al centro; y por otras circunstancias que no son comunes a los que ignoran la geometría, se conocen las claras luces que de esta ciencia tuvieron los mexicanos. De la Astronomía y Cronología, los mismos usos que hacían de esta piedra que vamos a explicar, darán a conocer cuán familiares eran entre ellos las observaciones del Sol y las estrellas, para el repartimiento del tiempo, y la distribución de él en períodos, que tenían cierta analogía con los movimientos de la Luna, de que formaban un año luni-solar, que les servía de arreglar sus fiestas a ciertos y determinados días, que no podían variar del tiempo prefijado por sus ritos arriba de 13 días en el dilatado intervalo de 52 años, al fin de los cuales reformaban su año civil.

La variedad con que hablan nuestros historiadores españoles, acerca de la magnitud y materia de que fabricaban los indios las estatuas de sus falsos dioses, y la preocupación en que incurrieron los primeros religiosos que les predicaron el Santo Evangelio, de que cuanto veían grabado en piedras, o figurado en lienzos o papel, era objeto de su idolatría, ocasionó la confusión en que se hallaron todos, sin saber discernir cuáles eran las figuras que pertenecían puramente al culto de sus dioses, y cuáles las que se referían a sus historias. Estas regularmente se grababan en grandes lápidas: en las portadas de los Palacios de los Señores se figuraban las hazañas de sus ascendientes: no había ciudad o pueblo que no contuviera grabado en las piedras de sus muros, o en los peñascos de sus montes el año de su fundación; el origen de su nombre; quiénes fueron sus fundadores, y los progresos que en ellos habían hecho: todo representado con símbolos y caracteres que no entendían otros que los mismos indios, sin cuya interpretación no era

fácil que los comprendieran los españoles. Y como ignorantes de lo que significaban semejantes figuras, demolieron muchos monumentos que pertenecían a la historia, creyéndolos objetos de sus supersticiosos ritos. Los indios, temerosos unos de que los calumniasen de reincidentes en la idolatría, ocultaron todo lo que pudieron; y maliciosos otros, callaron su verdadera significación, y llenaron de fábulas y despropósitos no sólo a los españoles, sino también a los mismos de su nación, que procuraban instruirse de ellos, como lo refiere D. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl al fin de la *Sumaria Relación de todas las cosas que han sucedido en la Nueva España*.

Esto es en cuanto a los sucesos históricos y políticos; pero mucho más silencio guardaron en lo perteneciente a las cosas de su antigua Religión. Ninguno hay que en sus escritos haga mención particular de todos sus dioses; de las formas en que los figuraban; de los diversos atributos que les suponían; de sus transformaciones y advocaciones con que los distinguían; y del modo de culto que les daban: y aunque uno u otro dio una ligera idea de ello, y algunos Curas y Ministros supieron mucho, fue tan poco y tan obscuro lo que sobre este asunto dejaron escrito, que no se puede formar de ello un concepto cabal de su Mitología. No obstante, combinando algunos manuscritos de autores anónimos, con sus antiguas pinturas anteriores a la conquista, y con lo que después de ella les predicaban los religiosos y Curas, se puede saber mucho, aunque con bastante trabajo. De esta manera he conseguido noticias ciertas de su historia, que andan tan equivocadas en los autores impresos. Las de estos dos monumentos cuya descripción vamos a dar tienen la fortuna de poder en mucha parte comprobarse con expresas relaciones y autoridades de personas del más distinguido carácter, así en cuanto a su literatura, como en orden a sus circunstancias, debiéndoseles dar mayor crédito por su mucha antigüedad: (que no es poco en materia tan obscura, como la historia de los indios, hallar autoridades impresas que confirmen lo que con tanto trabajo se ha conseguido saber). Las relaciones manuscritas en lengua mexicana, de que también me he servido, son las más fieles y verdaderas, como que no se encuentran en ellas las contradicciones que se hallan en otras, así en la substancia, como en el modo de referir los hechos: por cuya razón han tenido siempre el debido aprecio entre los españoles instruidos que las han poseído. Pero en algunas están escasas las noticias, que se sabe por ellas poco o nada de la mitología indiana y de su cronología y astronomía.

De unos y otros escritos y de las pinturas antiguas, he deducido la significación de las dos piedras; pero como para su inteligencia es necesario saber todo lo que pertenece a la división que hacían los mexicanos del tiempo, y a sus Calendarios y *Tonalamatl*, principalmente para poder comprender con perfección todo lo que contiene la segunda; dividiremos su explicación en cuatro párrafos o partes: la primera contendrá una idea general del método que observaban de distribuir el tiempo en periodos constantes de ciclos, años, meses y días, y en partes alícuotas de éstos, con lo perteneciente a sus semanas, o más bien, trecenas, de que se componía el *Tonalamatl*, en el cual tenía lugar la primera de las dos piedras halladas. La segunda parte será la explicación de ésta. En la tercera se contendrá por menor la cuenta con que se gobernaban dependiente de los movimientos del Sol y de la Luna, para la celebración de sus fiestas, y para sus comercios, y demás usos civiles y políticos: se establecerá el verdadero sistema de sus calendarios, refutando como falsos, erróneos y absurdos todos los demás sistemas que han inventado algunos autores, por ser enteramente opuestos a lo que consta de las relaciones de los mismos indios, y a la naturaleza y método invariable que observaban en todas las cosas tocantes a su gobierno. Se concordarán sus dos especies de calendarios entre sí, y con el nuestro; y se establecerá el principio de su año, con otras particulares noticias tocantes a su cronología. Y finalmente la cuarta parte será una exacta explicación de las labores y figuras contenidas en la segunda piedra, y de los principales usos para que se servían de ella los mexicanos.